

Behind the Redwood Curtain: Cannabis in California

Carol Brodsky
Mom & Cannabis

We'd been taking care of Mom for 14 years, and now we were down to the last few days. She had dementia, and for the past year or so had lost most of her primary functions- walking, continence, talking and now, eating. She was confined to her bed now, but appeared comfortable, still alert for periods of time.

Our hospice nurse evaluated her and informed us that "the time was coming." They gave us a "comfort kit" which included morphine, Ativan and Haldol- to ease her transition. "If she seems agitated, you can give her the Ativan. If she's in pain, give her a drop or two of morphine."

We had prepared for this for quite some time. We had her favorite Hawaiian music playing in the background. At one point, she started to stir in her bed a little bit. Her eyes were open, but she wasn't able to speak. I asked my partner. "Should we give her something?" "He responded. "It's been a couple years since the hospitalist told us we could stop all her meds. Why start now? Let's try the tincture."

Like so many people in Mendocino County, we had "the tincture." A tried-and-true recipe made from high-grade alcohol (we used the finest Low Gap Whiskey) and our own cannabis, grown with love and care. We'd started using cannabis salve for my mom a few years earlier, when doctors discovered that her chronic knee pain was not related to her knee, but rather the need for a hip replacement that now was never going to happen. Instead of giving her opiates, which came with their own dangers, we decided to slather Mom with cannabis salve- a recipe we had concocted with a friend, made with avocado cannabis oil, coconut oil, shea butter, magnesium oil and lavender oil. It had a smooth, Sephora-level "body whip" consistency smelled divine and absorbed quickly into the skin. The Whip was never sold, but shared with friends and family.

We slathered Mom with The Whip- from her hip to her toes, and put her to bed. At that point, she was basically confined to a wheelchair and needed assistance getting from her hospital bed into the wheelchair. The following morning, following the slathering, we woke up to my mother out of bed, walking around our house with more vigor and stability than she'd demonstrated in



years. It was shocking, but not entirely surprising. From that night on, The Whip became part of her nightly routine.

Now, on what was to be the last night of her life, we tried to determine what would be the best way to help her. "Let's just start with the tincture, and if she needs something more, we can always add it," said my partner, who was always averse to giving her too much medication. We gave her a squirt of the tincture and watched. It didn't take long for her to relax.

A few hours later, my granddaughter stopped by to say her farewells. She held my mom's hand and told her a funny story- recounting something they had done together when my granddaughter was a child. I watched my mom. Her face lit up. She began smiling, then laughing at all the right parts of the story. I had the foresight to take a photo of her. It would be her last photo, and the last time she was conscious- her last moment of awareness filled with laughter and love.

By the next day, we knew death was close. We gave her a couple more dropperfuls of tincture, but nothing else. Her breathing was relaxed. Her body was relaxed. She died peacefully, free of pain, in the comfort of her home, among family and blessed by the goddess of cannabis.



Tras el telón de secuoyas: El cannabis en California

Carol Brodsky

Mamá y el cannabis

Habíamos estado cuidando a mamá durante 14 años y ahora nos enfrentábamos a sus últimos días. Ella padecía demencia y, durante el último año aproximadamente, había perdido la mayoría de sus funciones básicas: caminar, controlar los esfínteres, hablar y, finalmente, comer. Ahora estaba postrada en cama, pero parecía estar cómoda y permanecía alerta por momentos.

La enfermera de cuidados paliativos la evaluó y nos informó que «había llegado el momento». Nos entregaron un «kit de confort» que incluía morfina, Ativan y Haldol para facilitar su tránsito final. «Si parece agitada, pueden darle el Ativan. Si siente dolor, denle una o dos gotas de morfina».

Nos habíamos preparado para este momento durante bastante tiempo. Teníamos música hawaiana —su favorita— sonando de fondo. En un momento dado, ella empezó a moverse un poco en la cama. Tenía los ojos abiertos, pero no podía hablar. Le pregunté a mi pareja: «¿Deberíamos darle algo?». Él respondió: «Hace un par de años que el médico del hospital nos dijo que podíamos suspender toda su medicación. ¿Por qué empezar ahora? Probemos con la tintura».

Al igual que tantas personas en el condado de Mendocino, nosotros teníamos «la tintura». Una receta de eficacia probada, elaborada con alcohol de alta graduación (usábamos el excelente whisky Low Gap) y nuestro propio cannabis, cultivado con amor y esmero. Habíamos empezado a usar un bálsamo de cannabis para mamá unos años antes, cuando los médicos descubrieron que su dolor crónico de rodilla no se debía a la rodilla en sí, sino a la necesidad de un reemplazo de cadera que ya nunca llegaría a realizarse. En lugar de administrarle opiáceos, que conllevaban sus propios riesgos, decidimos aplicarle generosamente el bálsamo de cannabis; una fórmula que habíamos elaborado con un amigo a base de aceite de cannabis y aguacate, aceite de coco, manteca de karité, aceite de magnesio y aceite de lavanda. Tenía una consistencia suave y exquisita —similar a las cremas corporales de alta gama tipo Sephora—, un aroma delicioso y se absorbía rápidamente en la piel. Aquella crema nunca se comercializó; simplemente la compartíamos con amigos y familiares.



Untamos a mamá generosamente con «The Whip» —desde la cadera hasta los dedos de los pies— y la acostamos. En ese momento, ella estaba prácticamente confinada a una silla de ruedas y necesitaba ayuda para trasladarse de su cama de hospital a la silla. A la mañana siguiente de haberla untado, nos despertamos y encontramos a mi madre fuera de la cama, caminando por la casa con más vigor y estabilidad de los que había mostrado en años. Fue impactante, pero no del todo sorprendente. Desde esa noche, «The Whip» pasó a formar parte de su rutina nocturna.

Ahora bien, en la que sería la última noche de su vida, intentamos determinar cuál sería la mejor manera de ayudarla. «Empecemos simplemente con la tintura y, si necesita algo más, siempre podemos añadirlo», dijo mi pareja, quien siempre se mostraba reticente a administrarle demasiada medicación. Le administramos una dosis de la tintura y observamos. No tardó en relajarse.

Unas horas más tarde, mi nieta pasó a despedirse. Le tomó la mano a mi madre y le contó una anécdota divertida, recordando algo que habían hecho juntas cuando mi nieta era pequeña. Observé a mi madre. Su rostro se iluminó. Empezó a sonreír y luego a reírse en los momentos oportunos de la historia. Tuve la previsión de tomarle una fotografía. Sería su última foto y la última vez que estuvo consciente: su último instante de lucidez, lleno de risas y amor.

Al día siguiente, sabíamos que la muerte estaba cerca. Le administramos un par de dosis más de tintura, pero nada más. Su respiración estaba relajada. Su cuerpo estaba relajado. Murió en paz, sin dolor, en la comodidad de su hogar, rodeada de su familia y bendecida por la diosa del cannabis.